

ACTAS

III Jornadas de Investigación en Humanidades



Bahía Blanca
1 al 3 de octubre de 2009

Crónicas de una violencia crónica

Norma Edith Crotti
Universidad Nacional del Sur
ncrotti@criba.edu.ar

Si es por buscar, mejor que busques –solía decirme- lo que nunca perdiste.

Yo a veces lo escuchaba, a veces no. Y ahora me pregunto por qué pienso en mi padre, tan argentino por opción –tan su acento español-, mientras termino de cargar el Erre con mis cosas, me subo, me aprieto el cinturón, le doy arranque.

Martín Caparrós , *El Interior* (2006)

Con esas palabras comienza el viaje y la escritura hacia y de un interior que quizás “para nosotros porteños,... sea más que nada un folclore: la zamba, la pobreza, el feudalismo, la pachorra, la inmensidad vacía- distintas formas de folclore” (6), en un intento de ver para no creer, de desmontar una falsa imagen, de entregar un mito. Consciente de que “viajar es, más que nada, un ejercicio de la escucha... esperar lo inesperado...” (12), el escritor inicia el recorrido y se desdobra en un narrador-cronista que ficcionaliza los espacios y la gente que los habita, con mirada penetrante y oído aguzado, tratando de capturar casi fotográficamente la intensidad del instante o recuperando, con la minucia y la amplitud de una filmación, imágenes y voces para que no quede nada sin decir, para responderse, tal vez, a partir de la articulación de experiencias y de la decibilidad de la crónica, “cómo se arma un país” (17).

Sus crónicas de viaje se configuran desde la autoridad antropológica, desde el “yo estuve allí” que, sin ocultamientos, se manifiesta y despliega en una autoridad de la escritura explícita en los modos de producción del relato, en la cualidad ficcional en el sentido de “elaborada”, “fabricada” que explicitara Paul Rabinow (1998:187). La crónica dibuja un espacio entre la escritura literaria y la etnográfica en el que confluyen la narración de la experiencia, la interpretación de los hechos, el “hacer sentido con lo que se ve” (159), la intercalación de diálogos y la inclusión de voces de hombres y mujeres que cuentan historias aportando, desde la heteroglosia, a lo que podría pensarse como una autoría plural que, sin embargo, se disuelve en la orquestación de un escritor que no solo apunta a efectos de verdad para intensificar la referencialidad del relato sino que acentúa su preocupación por la escritura, en las reiteradas autorreferencias, en la toma de decisión por la palabra justa, en la reflexión sobre los usos en la Puna de “palabras... llenas de bisbiseos y diminutivos como si quisieran aligerar, achicar lo que dicen (414) y también, en la convicción de que “cada frase es la muerte de tantas” (314).

Seguir buscando lo que no sé que busco, e ir encontrando historias, espacios, personas que me alejan de una idea global. Pienso que no hay nada más diferente de un país que ese país visto de cerca, y desespero de alguna vez entender algo (188).

En esa búsqueda por *El interior* del país, que en algunos momentos se hace recorrido por el interior del interior del Interior, sin tener la certeza de llegar alguna vez al interior (cfr. 186), Martín Caparrós, no como un periodista que, “en general, sabe qué

está buscando” sino como un cronista que “sólo puede estar atento y esperar” (158) se acerca a zonas de frontera. La frontera, como “un terraplén que separa dos barrios” (116); como “inventos de gobernantes y topógrafos –y más las provinciales” (84); y aun las internacionales que ponen en evidencia el conflicto o la integración con países limítrofes aparecen tematizadas una y otra vez. Así, la frontera con Brasil en la que la última dictadura militar quiso hacer el vacío empobreciéndola, dejándola sin caminos y casi sin energía eléctrica “para frenar al supuesto imperialismo brasilero... para que ese vacío, la selva, contuviera el avance...” (108), pero también el plan más reciente de integración argentino-brasileña (116); la Triple Frontera, sobre la que “todas las fantasías... se quedan cortas frente a la realidad” (136); la permeabilidad de las fronteras específicamente en territorios del noroeste argentino ocupan muchos de los relatos en los que el cronista ahonda en las representaciones interiorizándose en la atracción que ejercen las fronteras y en su efecto: la fragilidad de la identidad. “Trazar una frontera –sostiene Balibar- es “precisamente definir un territorio, delimitarlo y, así, registrar su identidad u otorgársela” (2005:77).

Adentrarse en las representaciones de quienes habitan en las fronteras del noreste y noroeste argentino y en la configuración de su identidad lleva a indagar en el proceso de colonización, en la herencia de actos fundadores, extremadamente violentos que constituyeron humillación de unos y celebración de otros y que fueron después legitimados por un Estado de derecho precario (Ricoeur, 2004:111); a descubrir los dispositivos de construcción de la narración de ese legado que se perpetúa, sin beneficios, en el nuevo orden instituido por un estado que al fundar derecho funda poder y en ese sentido, acto de manifestación inmediata de violencia. (cfr. Benjamin, 1991:40).

En la confrontación con el colonizador, con el “otro”, el colonizado perdió parcial o totalmente sus orígenes identitarios. El avasallamiento y la dominación le dejaron heridas que se profundizaron a causa de la negligencia y el abandono de un estado que, en lugar de restañarlas reivindicando sus derechos, contribuyó a intensificar su exclusión y a fragilizar aún más la identificación colectiva favoreciendo conflictos y tensiones entre culturas particularmente en esas zonas de frontera, ámbitos de violencia “extrema” constitutivos de esa condición de existencia.

Frente al zarpaazo de la colonización que intentó liquidar unas tradiciones e imponer otras, que intervino en el proceso de identificación, ignorando las identidades primarias (cfr. Amartya Sen, 2008) o deconstruyéndolas generando identidades ambiguas, y ante el nuevo orden social instituido que arrasó el anterior y consolidó formas de violencia, el cronista intenta “contar el país” a partir del viaje como ejercicio del escuchar y el mirar y de la palabra que, privilegiando la referencia o abriéndose al juego de la significancia, balanceándose entre la denuncia y la ficcionalización, construye un espacio de escritura en el que se entretajan testimonios de la marginalidad, la pobreza, la exclusión, el desamparo, la desprotección infantil, la desnutrición crónica, la enajenación cultural o formas de conservación de la cultura con el aroma de lo exótico -como señala Trincherro (2007)-, como cultura para mostrarla como un zoológico (388).

La violencia engendrada en la colonización que -según sostienen Fanon (2007 [1961]) y Memmi (1973 [1966]), y Sartre, en el prólogo a ambos textos- llevó a la deshumanización, a la destrucción de las creencias -“toda historia anterior parece borrada por la Revelación” (198)- y a la mutilación de la propia lengua del colonizado. “El idioma aborigen como uno de los máximos bienes culturales, es lo primero que se

extirpa” -testimonia Sixto Álvarez Zuleta, el profesor Toqo, le dicen en Humahuaca (387). Esa violencia subsiste y se hace crónica en la agresión recurrente de un modelo social que induce a la migración y articula discriminación, desocupación, desintegración y hace del Interior un país semivacío, o -como dijera Héctor Tizón (2000)- un país archipiélago que expulsa a sus propios hijos.

Frente a esa violencia casi silenciosa, se agiganta la extrema necesidad de una casi no-vida que se traduce en representaciones de la resignación, en muchos, o de una resistencia que no se plantea como una contraviolencia institucional, en pocos. Esa resistencia se revela como la búsqueda de un camino liberador, de lucha por la valoración de identidades propias y por la mejor distribución de los recursos; por más contención y menos violencia.

Con una mirada crítica, desnaturalizadora, Caparrós busca “entender qué le dicen, o sea: cruzar, relacionar, pensar causa y efectos, arriesgarse. La verdad, si es que existe ese bicho, está en las relaciones” (159). Analizar esas relaciones en *El Interior* implica emprender el viaje de una lectura que no deje de lado nada, y menos aún lo que parece intercalado al azar, lo que nos permite adentrarnos en la construcción de aquello que no se perdió a pesar de una violencia crónica que no solo debe decirse sino saldarse: el país.

Texto

Martín Caparrós (2007). *El interior. La primera Argentina*, Buenos Aires, Seix Barral.

Texto referido

Tizón, Héctor (2000), *Tierras de frontera*, Buenos Aires, Alfaguara.

Bibliografía

- Balibar, E. (2005), *Violencias, identidades y civilidad*, Barcelona, Gedisa.
- Benjamin, Walter (1991), “Para una crítica de la violencia” en: *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus.
- Fanon, Frantz (2003), *Los condenados de la tierra*, Buenos Aires, FCE, con prólogo de Jean Paul Sartre. (1ª edición 1961).
- Memmi, Albert (1973) *Retrato del colonizado*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, con prólogo de Jean Paul Sartre, (1ª edición 1966).
- Ricoeur, Paul (2004). *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, F.C.E. (1ª edición en francés 2000).
- Rabinow, Paul (1998). “Las representaciones son hechos sociales: modernidad y posmodernidad en antropología” en Elías Palti, “Giro lingüístico” e historia intelectual, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes [1ª edición del artículo en 1986, University of California Press].
- Sen, Amartya Kumar (2008), *Identidad y violencia*, Buenos Aires, Katz (1ª edición en inglés 2006).
- Trincheró, Héctor Hugo (2007), *Aromas de lo exótico (Retornos del objeto)*, Buenos Aires, Ediciones Sb.